

El gran viraje y el fin de siglo

Abel Posse

Hemos llegado a un punto de estimulante parálisis: el viejo mundo aún no murió y el nuevo no ha empezado a nacer (según la reflexión de Margueritte Yourcenar al referirse a la época del emperador Adriano). Esta situación sintetiza el debate modernidad-posmodernidad. Pero nos confronta no sólo al fin de las ideologías, como tanto se repitió, sino a algo más grave y que es la consecuencia de la muerte de las teorías envejecidas: estamos viviendo el fin *de los efectos* de esas ideologías. El mundo occidental que se construyó no estalla en hechos notables sino que *implosiona* calladamente.

Llegamos a este fin de milenio acosados e inquietos por el fracaso de los grandes proyectos ideológicos plasmados, en lo que hace al pensamiento político, hacia fines del siglo XIX. Basta recordar dos nombres: Marx y Adam Smith.

El siglo que vivimos —encantador y criminal— fue el campo de pruebas finales de todas las buenas ideas acumuladas a lo largo de la llamada Modernidad. No viene al caso evocar las matanzas ni las hipocresías triunfantes. La praxis socialista cerró su *primer* gran intento con el fracaso —por implosión— del sistema impuesto y comandado por la Unión Soviética.

El gigante triunfador —la superpotencia capitalista, de matriz anglosajona— da claras muestras de corrupción y enfermedad. Venció sin vencer. Su poderío industrial-tecnológico es como un logro ajeno a lo inmediatamente humano y más bien en contradicción con la metafísica occidental y su visión ética y humanista (al menos en lo que hace al catolicismo). Es algo así como aquel viaje a la Luna de 1969, que cumplió hace unos años sus bodas de plata en un borde de olvido universal, de callada indiferencia sólo interrumpida por la memoria de las noticias de televisión. Esa aventura no nos parece ni propia ni válidamente computable. Y tal vez en ese día de 1969 habíamos alcanzado «el Año 2000» como mito

tecnológico. Es como si ya estuviésemos huyendo del futuro que nos habían propuesto como lógica consecuencia de una errada noción positivista de progreso, bienestar y desarrollo. Ahora más bien tememos ese futuro. (La actual reacción y el auge de los nacionalismos, desde los vascos hasta los chechenos, son parte de este proceso.)

El desasosiego de las grandes sociedades industrial-tecnológicas tiene que ver directamente con este sentimiento de «haber alcanzado el futuro». En el caso de Estados Unidos, motor del desarrollismo eficientista, se manifestaría como haber realizado el tan mentado *american dream*. Es como si los mejores momentos de lucha, de valores, de creación de ese gran pueblo culturalmente mestizo, hubiesen quedado atrás. (Miran hacia las primeras décadas del siglo, pese al bandolerismo y las penurias inmigracionales y de la «gran depresión», con admiración y nostalgia, como tiempos duros pero intensos y *vivos*.)

Entra en crisis la filosofía política, que parecía el conductor todopoderoso y la medida de todas las decisiones, según el esquema racional-voluntarista del positivismo político y de los políticos.

Entramos en este siglo con la experiencia —y el espectáculo— de la pobreza de la clase política. Las grandes corrientes de intereses económi-

cos y tecnológicos comandan e instrumentalizan a los políticos, como esos «príncipes negros de la Sinarquía» (palabra de la tradición ocultista exhumada por el general Perón).

La Gran Maquinaria de intereses se mueve con el propio impulso. Los políticos aparecen como dóciles administradores, impotentes ante un designio ajeno a los programas. La mayor «cumbre» de dirigentes mundiales, reunidos en Río de Janeiro en 1992 por el tema del medio ambiente, constituyó la más evidente prueba de la división entre conciencia y decisión política. Los intereses creados y la eterna crisis económica surgida de un inescrupuloso criterio de mero lucro como señal de éxito económico, han tornado imposible que los políticos puedan enfrentar la propuesta suicida de la Gran Maquinaria. La actitud del industrialismo de Estados Unidos ante los principios sancionados en Kyoto es la confirmación de lo afirmado.

Llegamos al curioso punto en que la sociedad, y los mismos políticos, *disienten* con el modelo que impulsan y producen cotidianamente. Estamos en años en que se hace patente el desvío. En el apogeo del siglo nuclear, espacial, democratizador, freudiano, holístico, tecnocrático, cunde el desasosiego. El protagonista disiente con su obra. La Gran Maquinaria —lo sabe ya— lo arrolla, pero desespera si *no lo arrolla*. Quiere en todo caso el desarrollo que lo anonada. Teme a la Gran Maquinaria, pero a la vez desespera de su posible desmontamiento. Tal vez confía en que un dios le dará, finalmente, sentido... (Heidegger: «Ahora sólo un dios podrá salvarnos».)

Es por lo antes expuesto por lo que inmediatamente después del desmoronamiento del sistema soviético (que significó la mitad oriental del occidentalismo tecnológico-universalista), se sentía (y se sigue sintiendo) parálisis y desasosiego ante el triunfo de *este* Occidente. Se siente que se llegó al tiempo de viraje. Pero se quiere virar con la estructura de la Gran Maquinaria casi intacta. Nadie quiere aventuras. Después de la frustración de 1968 se teme más al cambio de los utopistas que al aplastamiento y anonadamiento por la Gran Maquinaria (de aquí los triunfos conservadores y el temor a toda revolución). En este paradójico filo de navaja sobreviven *todavía* los políticos vacuos, extrañamente silentes y sin ideas, que soportamos como prácticos de navegación de un río que sabemos se extinguirá en el desierto.

El viraje

Del disenso deberíamos pasar al viraje. Sólo una nueva conciencia política positiva, en el plano de los dirigentes mundiales, podría ir dando los pasos para desmontar la Gran Maquinaria y reorientar sus estructuras en una dirección justa:

- Sustituir una forma de producción depredadora, por nuevos métodos de producción y consumo, variando la noción de «necesidad» desde una conciencia cultural (nacional y regional) diferente de la preconizada por el mundialismo economicista de hoy.

La noción de «calidad de vida» eminentemente ligada a las culturas, debe dirigir los criterios de producción y consumo de cada comunidad. El límite ecológico y la preservación del medio ambiente son factores que debemos imponer como ya imprescindibles en toda decisión. (En esto hay dos datos promisoros: en sólo diez años se creó la conciencia mundial, aunque todavía la Gran Maquinaria persista en su sordera.)

- Esto, necesariamente, conlleva la necesidad de un replanteamiento total, en todo el ámbito del llamado Occidente (y en sus metástasis), de la relación hombre-naturaleza, hombre-cosmos. ¿Cómo pasar de la perversidad a la normalidad después de dos mil años de desvío?

- El viraje exige como punto central suspender y reorientar la inundación subculturizadora. Así como en el lamentable pero útil «equilibrio del terror» se logró controlar el peligro militar nuclear, no hubo en cambio «terror funcional» para prevenir o moderar la infección subcultural mundial, provocada por el arrollador triunfo de la audiovisualidad comercializada con sentido ecuménico. Una ingenua noción de libertad de mercado permitió que el virus se extendiera de forma incontrolable: transmite la moda, lo *light*, las ideas

«Occidente debe reconstruirse desde sus dioses perdidos que nada tienen que ver con la melancolía burocrática de la Bruselas o la Estrasburgo de los burócratas que temieron incluir el nombre de su madre, la *cristiandad*, en la Constitución que regirá la nueva reunión de municipios.»

«España, Portugal, América Latina, la latinidad toda, no han sido más que el furgón de cola de la modernidad. Dentro del vasto y variado Occidente, el Mediterráneo católico-romano fue desplazado en el curso de los tres siglos de la llamada modernidad por el Occidente nórdico, protestante y ahora predominantemente anglosajón, en el que la noción calvinista de eficacia lucrativa, como señal de salvación, prevalecía.»

hechas, fascista la contienda democrática al imponer lo aparential y lo cosmético, difunde la necesidad que perversamente inventa la Gran Maquinaria, crea mercados falsos y falsos valores.

«Occidente, francamente dominado por los anglosajones a partir de 1945, quiso creer que con sus democracias municipales y las libertades de entrecasa del hombrecillo modelo, podía sustituir los dioses de la pasión greco-latina y de aquella cristiandad apasionada de las catedrales, de los cátaros, de Dante y las guerras de conquista universal. Occidente se intoxicó de ciudadanos y de consumidores.»

Sumergido él mismo en el torrente subcultural, es el gran mecanismo anonadador. (Demonio secreto de la técnica: el más formidable y admirable invento de comunicación y reunión, que es la televisión, se torna en el subculturizador: es la «caja boba» que cumple excelentemente su función de niñera, de geriátrico audiovisual y de

supremo medio fascistizante, pero está perdiendo su máxima posibilidad: su destino culturizador que implicará la mayor transformación pedagógica de la historia. El instrumento para el imprescindible rearme moral y espiritual.)

- En estos años poscomunistas y también de conciencia posmodernista, el límite de las sociedades industrial-tecnológicas se pone en evidencia. Sin embargo, los políticos no pueden actuar en consecuencia, están tomados por el virus paralizante. Es tiempo de filósofos y de desplazamiento indispensable de estos políticos que se quedaron en los subterráneos de la vieja *Polis*. La explosión subcultural, la desocupación juvenil —que la actual forma de producción-consumo agravará—, el aislamiento y desposeimiento de los jubilados, hacen ya increíble la idea mágica de que el mercado puede crear un orden. Sin política, que es adecuación a un *Kosmos*, el mercado y el mero impulso lucrativo engendran sólo *Kaos*.

Estos son los años del apogeo del mundo industrial-capitalista en la empírica versión anglosajona. Pero son también los años en que se comprueba la *aporía* de este modelo, cuyo fracaso en los «países centrales» se puede medir en la desocupación y en la nada subcultural. Después del extravío de la guerra de Irak, Europa no puede demorar asumir su centralidad en la cultura occidental. (Aceptando que sin poder militar no podría haber centralidad alguna.)

- El viraje nos obliga a proponernos una *nueva socialidad*, más allá de los totalitarismos socializantes fenecidos y más allá de la torpe «fe de mercado», ya increíble. Una nueva convivencia

de hombres y naciones, comprendiendo que estamos en un «tiempo de culturas», en un tiempo en el que los pocos valores que nos ayudan a sobrevivir los encontramos a espaldas de la universal subculturización, en lo más recóndito de los pueblos y de sus tradiciones. Nueva socialidad, en el sentido de una organización distributiva equitativa y de un concepto y trato hacia la persona que no repare ya en la teórica igualdad, sino más bien en el respeto *existencial* de las diferencias.

Solamente desde la ilusión liberal-capitalista se puede imaginar que un mundo de 6.000 millones de habitantes, con los cuatro quintos de ellos en la pobreza y/o miseria, podrá regirse sin la trágica opción entre fascismo-nazismo o la construcción de una nueva *socialidad*, de una nueva solidaridad sin buscar las falsas igualdades, sino respetando diferentes calidades de vida.

El África negra, el Pacífico asiático, China, India, el mundo islámico, Iberoamérica, son en realidad grandes espacios preservados. Espacios culturales que han sobrevivido mal o bien al impacto de las colonizadoras propuestas de los bien pensantes de la Modernidad.

Se torna imprescindible devolverle a la comunidad, que se expresa y plasma en «el Estado», los elementos para reconquistar los poderes ante la universal ofensiva sinárquica, que se esconde detrás de los políticos en juego democrático. La reorganización de los estados como expresión inmediata de las comunidades y de su cultura es una restauración imprescindible. Ha cesado ya el tiempo de calumnia del Estado y de anarquía liberal que sólo concluyó en la actual orgía de insolidaridad que el mundo padece.

Sólo a través de la cultura, el disenso profundo y desasosegador se transformará en viraje. Solo a través de la educación y la cultura emergerán los políticos necesarios y una democracia sustancial, y no la actual parodia al servicio de una casta decadente que en nombre de la tolerancia y el voto quinquenal disimula su corrupción y el autocratismo de una forma de poder donde la persona —el pueblo— no participa realmente del comando de su destino ni de sus opciones sustanciales. (Hasta ahora hemos vivido, incluso en los mejores ejemplos, apenas una forma primaria de democracia. Algo así como una *democratia neanderthalensis*.)

Iberoamérica ante el viraje y su puesto en Occidente

España, Portugal, América Latina, la latinidad toda, no han sido más que el furgón de cola

de la modernidad. Dentro del vasto y variado Occidente, el Mediterráneo católico-romano fue desplazado en el curso de los tres siglos de la llamada modernidad por el Occidente nórdico, protestante y ahora predominantemente anglosajón, en el que la noción calvinista de eficacia lucrativa, como señal de salvación, prevalecía. Esta ilusión está hoy metafísicamente agotada.

La civilización de la latinidad y la impronta del Mediterráneo están vivas en Latinoamérica. El mestizaje latinoamericano asimiló y sintetizó esa herencia, recibida a través de España, como en marco fundamental de nuestro estilo e idiosincrasia. Esto es así, más allá de toda valoración ética o moral que se quiera aplicar al tema de la conquista y colonización.

Iberoamérica y la latinidad quedaron al margen de los últimos triunfos de Occidente, como admirados y sumisos protagonistas de segunda.

Según el sociólogo Baudrillard, en el hemisferio Sur nos hemos pasado prácticamente toda la Modernidad dentro del marsupio colonial. Somos marsupiales históricos. Tal vez ya tengamos que saltar de la bolsa y ponernos a existir en la intemperie.

Tenemos ventajas: somos como los indios *uros* de Titikaka y aquellos *tarahumaras* que se jactaban ante Métraux de no haber «involucionado tanto como los hombres civilizados».

A la luz de lo expuesto, en este umbral de necesario viraje, esos valores del universo cultural iberoamericano necesariamente tendrán que encontrar su espacio de expresión.

El tiempo de desasosiego y de imprescindible viraje nos posibilita la mejor oportunidad de poner en valor nuestras preservadas cualidades. Es un llamado, un desafío para ser.

Podríamos encontrar en el renacimiento que se avecina un espacio de creación que no supimos hallar desde hace siglos.

No se trata de reiterar ilusorias primacías, sino de la legitimación de una cultura. Hasta ahora sólo hemos habitado casi como intrusos la casa de nuestra Cultura transatlántica.

¿Puede haber un punto límite de una civilización, o sólo la muerte, la extinción?

Occidente marchó en contra de las corrientes profundas de su espiritualidad. Las negó, las borró con entusiasmo. Los grandes intentos de rebeldía aparecidos en el siglo XX nada pudieron modificar: Nietzsche es hoy la fuente de ejercicios estético-filosóficos académicos. Jünger murió emboscado en sus ambigüedades. Occidente,

“

Proseguían [en la música que le llegaba] los hipos y los gangueos sonoros, arrebatándole la conciencia de su humana condición, pues la degradación del ser humano que aquellos ruidos implicaban era tal, según él, que quien los escuchaba dejaba de ser humano. ¡Y, sin embargo, a lo ancho de casi todo el planeta millones de individuos escuchaban aquello con gusto! Por todas partes, con una habilidad demoníaca, la bajeza yanqui había hurgado en lo que el hombre tiene de más bajo, para exacerbarlo y a veces para revelárselo. [...] Que una sola nación logre hacer bajar la inteligencia, la moral, la calidad del hombre en casi toda la superficie de la tierra, es cosa que no se había visto nunca desde que esta tierra existe. ”

HENRY DE MONTHERLANT

francamente dominado por los anglosajones a partir de 1945, quiso creer que con sus democracias municipales y las libertades de entrecasa del hombrecillo modelo, podía sustituir los dioses de la pasión greco-latina y de aquella cristiandad apasionada de las catedrales, de los cátaros, de Dante y las guerras de conquista universal. Occidente se intoxicó de ciudadanos y de consumidores (las dos dimensiones de una política y una economía de gallinero). Se quedó sin aquella Hombredad que ya añoraba Unamuno.

Hoy el Occidente desespiritualizado, con su hedonismo de supermercado y su egoísmo que excluye del bienestar a cuatro de cada seis habitantes de la tierra, tiene que reabsorber desde la cultura europea la metástasis anglosajona que demuestra en Irak su derrota ante la espiritualidad islámica. Occidente debe reconstruirse desde sus dioses perdidos que nada tienen que ver con la melancolía burocrática de la Bruselas o la Estrasburgo de los burócratas que temieron incluir el nombre de su madre, la *cristiandad*, en la Constitución que regirá la nueva reunión de municipios.

La única política posible para Europa es la reconquista del centro de su espiritualidad perdida. Tendrá que unificar y proyectar sus tres ámbitos primordiales: los anglosajones, que es el poder militar-tecnológico; la Europa unificada, que es la ancestral usina cultural; y esa Iberoamérica que es futuro de pujanza, posibilidad y frescura creativa en estado de disponibilidad. ■